

Los rostros de Alcorisa

Dionisio Cañas

Los caracoles vienen de la luna Esta frase, «los caracoles vienen de la luna», se la escuché a un campesino en un bar de Alcorisa; no sé lo que significa pero supongo que él sabía de lo que estaba hablando. Alguien también me contó la leyenda de «El Cristo del Billar»: al parecer este Cristo fue escondido debajo de una mesa de billar durante la Guerra Civil; pasados los tres años que duró la guerra, volvieron a sacar la imagen que, irónicamente, se salvó de las llamas gracias a que había estado escondida en un lugar totalmente profano. No sé cuánto de esto es leyenda o cuánto es realidad, pero a mí me sirve para aunar, como los alcorisanos juntan lo terrenal con lo divino, las dos caras, la sagrada y la profana, que conviven en la armonía de esta comunidad rural. Y es que en verdad, como veremos en este breve acercamiento a algunos aspectos de la vida social en Alcorisa, las dos esferas (la realista y la legendaria) de la vida cotidiana de un pueblo no siempre están tan separadas como parece; aceptando, claro está, los inevitables conflictos que surgen en cualquier relación humana.

Hay algo de sagrado, alucinante y profano, en las constantes transformaciones y metamorfosis (de una gran parte de la población de Alcorisa) que suceden durante la Semana Santa. Esta dinámica del cambio, vertiginosa y celebratoria, ritualista, alegre y triste, funeraria y festiva, es siempre fascinante para el forastero. Orden y caos se dan la mano de una forma creadora en esos días de Semana Santa. Es, en principio, una semana cuya aureola principal puede ser la del cristianismo pero que, en definitiva, se convierte simplemente en una celebración intensa de la vida en general.

Las placas metálicas que se ponen en las puertas de los transformadores eléctricos de alta tensión podrían ser los mejores emblemas de la experiencia, tal y como yo la viví en Alcorisa, de la Semana Santa. Porque uno se siente simultáneamente alegre y fulminado por una descarga eléctrica que, en lugar de matar, da más vida, más energía. Esa zigzagueante electricidad, religiosa y pagana a la vez,

es como un rayo que nos da vida; lo cual nos recuerda, por contraste, la tendencia al aislamiento urbano. Y es que con los años nos convertimos en precavidos paseantes solitarios y anónimos de las ciudades, y caminamos bajo la protección de la policía y de los pararrayos, pero corremos un peligro mayor: el de morir solos entre la multitud, o en el piso de un edificio donde miles de personas se ven todos los días sin saber sus nombres, o el riesgo de morir como morían antes los perros callejeros y los vagabundos, rodeados de miradas indiferentes.

El doble rostro social de la coherencia, y la incoherencia, de la vida en los pueblos tiene ese poder del rayo, de la súbita descarga eléctrica: nos llega como un mensaje, una señal que nos recuerda nuestra vulnerabilidad, nuestra soledad, pero también nos dice que hay otras formas de las relaciones humanas. El poder convivir con los alcorisanos durante la Semana Santa, durante el inicio y el final de la tamborrada, tiene el atractivo de hacernos pensar que en este tipo de pueblos siempre habrá a nuestro alrededor algún familiar, algún amigo, y que es recomendable para el corazón volver de vez en cuando a una comunidad (o crearla aunque sea artificialmente en las ciudades) dentro de la cual podamos ser felices sin preguntarnos por qué; como no hay que preguntarse qué significa la frase «los caracoles vienen de la luna».

Una cuestión de tiempo: el óxido de la experiencia En Alcorisa, hablando con Santos Montes, con Cristo y con algún apóstol en el bar del Club Paraíso Caracas, veo rostros, miradas que nos llegan desde una historia personal y colectiva, miradas que nos atraviesan como buscando no se sabe qué diálogo imaginario y que nos dicen: «si yo te contara...». Y así, atrapados en esa hermosa telaraña de la vista, de las humanas ataduras, de esos lazos, de esos laberintos carnales, los cuerpos se responden con palabras invisibles, bajo un silencio sobrecogedor, inquietante. Todos aquellos rostros, aquellas miradas, palpitan como si fueran un solo corazón nocturno que espera una señal, un gesto, el florecer de las doce de la noche. Repentinamente, al unísono, con las campanadas del reloj y la voz del alcalde, suena una tormenta de tambores y de bombos, de agitados corazones que no saben, ni quieren saber, por qué están unidos esa noche de un Jueves Santo, de una Semana Humana. Se ha roto la hora, ha empezado la tamborrada en Alcorisa, y más de uno ha sofocado una lágrima impertinente, indiscreta (los rostros hablan

por sí solos), como todas las lágrimas, que siempre llevan en su interior historias personales, colectivas, que quisiéramos silenciar esta noche, entre el emocionante estruendo de los bombos y de los tambores.

Hasta que llegó la tarde del Viernes Santo con su tormenta, en el Monte Calvario, y pudimos presenciar, con nuestros propios ojos humanos, el Drama de la Cruz. De nuevo la dualidad en el rostro de Cristo predomina: lo terrenal y lo divino, el sufrimiento físico y la alegría de saber que va a pasar a la esfera de la trascendencia, la derrota (su muerte) convertida en triunfo (la salvación y la redención de todos).

Quizás sea eso lo que nos interesa: la dualidad de la existencia reflejada en los rostros de Alcorisa. No porque sean el espejo del alma, como se suele decir, sino porque son el reflejo de la vida. Reflejos, y no espejos, son los rostros de la gente de un pueblo como los de una gran ciudad. La palidez o el bronceado obrero de la cara, las cicatrices, los surcos, las arrugas, una mirada más o menos triste o alegre, el ceño fruncido, no son solamente las señas de identidad de una persona y de una comunidad, sino que son también los rasgos que las vivencias en un barrio, en una parte de una ciudad o de un pueblo, han ido dejando sobre la piel, a través de los años, como si todo lo que nos ocurriera fuera depositando sobre nuestra piel el óxido de la experiencia.

Claro es que la vida nos puede tratar mal o bien en cualquier lugar, pero la alegría o el sufrimiento no dejan las mismas huellas sobre el rostro si se han padecido en un barrio elegante de Barcelona o en un pueblo del Bajo Aragón. El sol brilla para todos, sí, pero unos se protegen la piel con cremas hidratantes y otros no tienen más remedio que recoger la aceituna con una gorra de tela en la cabeza.

Claro que una camisa diseñada en París (o una imitación) se puede comprar en cualquier parte, pero otro asunto es ponérsela: cuando se la pone un campesino, un obrero de la construcción, un camarero hay algo que huele a domingo, a día de fiesta, a boda o bautizo, a celebración. Vestirse en la ciudad es hacerlo como para que se note que toda la vida nos hemos vestido bien; fuera de algunos jóvenes que van hechos unos adanes a propósito o imitando alguna moda norteamericana. Cuando alguien se pone ropa nueva en un pueblo rural, lo que quiere es que se sepa que se la ha comprado para esas circunstancias, esa fiesta, esa celebración.

El paisaje familiar
Es un rostro donde
nos reconocemos todos; "lo familiar"

En las caras se pueden ver las mismas diferencias: en un pueblo se llevan los rostros limpios, y van maquilladas las mujeres, pero todo indica la celebración del acto para el que nos hemos duchado, enjabonado, perfumado o maquillado; aunque sólo sea porque nos hemos arreglado una tarde para salir de compras. Y esos primeros besos, esas primeras citas, donde la gente se viste y se prepara como si fueran a inaugurar toda una vida.

En las ciudades se va muy vestido (o metódicamente desarreglado) a las inauguraciones de exposiciones, de museos, de edificios oficiales, pero como si todo fuera ya parte de nuestra segunda naturaleza urbana. En las ciudades es cada día más frecuente una indiferencia artificial ante todo lo que indique celebración, ocasión especial: todo se hace como si no pasara nada, como si fuera normal ponerse una blusa de seda de un modisto italiano todos los días. En las ciudades la indiferencia elegante y el cosmopolitismo van juntos. En las ciudades nadie se viste ya de domingo porque eso es de pueblerinos, de catetos, de gente de otra época que no es la actual, la de la Unión Europea. En las ciudades no es igual pertenecer a la «Aldea Global» que ser un aldeano de cualquier rincón de España.

¿Qué hemos perdido con esta indiferencia urbana hacia las celebraciones y los rituales, las fiestas y las ferias que no sean la Feria del Arte, la Feria del Libro, la Feria de la Moda o las recepciones de los políticos y los famosos? Posiblemente no hayamos perdido nada, posiblemente lo hayamos perdido todo. Quizás en el futuro habrá rostros que al ser tan comunes, tan internacionales, tan poco expresivos no podamos distinguir sin son personas o bellas y perfectas clonaciones de hombres y mujeres ideales hechas en un laboratorio del cualquier lugar del mundo. Pero cada día es más frecuente que artistas, fotógrafos, jóvenes cosmopolitas y una clase media que ya lo tiene casi todo, busque en los barrios de las ciudades, y en los pueblos, ámbitos donde la fiesta y la celebración son elementos esenciales de la coherencia social y donde los rostros humanos reflejen unas vivencias personales que invitan a la conversación.

En la ciudad hay tanto que recordar, tanto que ver, que terminamos por no recordar nada, por quedarnos ciegos en un mar de imágenes y de mensajes. Los letreros, los carteles, la gente se borran unos a los otros en una memoria momentánea y abrumada por el exceso. Los más sabios seleccionan sus imágenes, trazan sus propios mapas de la ciudad, crean un pueblo personal, una tribu (la de los ban-

queros, la de los artistas, la de los millonarios, etc.) que, en definitiva, es una forma de hacer de la ciudad gigante un lugar más habitable. Extraño resulta constatar que los centros urbanos sean cada día más tribales, más de gremios, más de pequeños grupos, de sectas, de logias donde las personas se sienten unidas por unos intereses comunes que les da personalidad dentro del esencial anonimato metropolitano pero que, a la vez, en absoluto fomenta la aventura, la sorpresa, la impronta del azar y de la imaginación en nuestros actos cotidianos; la mayor aventura que buscan los dóciles ciudadanos es la del viaje organizado por una agencia a un país lejano.

¿Pero es siempre la mirada turística, artística, científica, sociológica, antropológica, una mirada absolutamente indiferente al deseo, al cuerpo, a la tentación de la aventura? Yo dudo que podamos detener nuestro impulso libidinoso en ningún momento. Si conocer a los demás es conocernos a nosotros mismos, desear a los demás es también desear ser deseado. Una cartografía de nuestros deseos podría dibujarse en cualquier parte, pero algunos escogemos geografías que nos atraen, que nos fascinan, porque esperamos sentir algo más que el puro descubrimiento de un hermoso paisaje, de unas costumbres ancestrales, de unas ruinas o unos monumentos cargados de historia.

La gente, los habitantes de un lugar, pueden convertir el pueblo más anodino en un espacio fascinante para la mirada y para fomentar la intensidad en las relaciones humanas. Es cierto que siempre recordaremos una iglesia románica, una catedral gótica, un espléndido cuadro, pero un beso, un cuerpo, un rostro a veces deja en nuestra memoria un recuerdo más imborrable que cualquier experiencia estética, por sublime que ésta haya sido.

En el fondo quizás el gran atractivo que posee el Drama de la Cruz, que se realiza en Alcorisa durante el Viernes Santos, es el de que más allá de toda la simbología religiosa, de repente sentimos la profunda humanidad que hay detrás de la representación teatral de la vida y la muerte de Jesucristo. Y también nos damos cuenta que los conflictos allí hechos visibles siguen estando tan vivos como los actores que nos los muestran: que Cristo puede ser cualquier obrero y que la Virgen María no se diferencia mucho de una ama de casa, de la mujer que trabaja en un banco o en una oficina. Pero más adelante, en este texto, le dedicamos unas páginas al importante acontecimiento social que significa la puesta en escena del Drama de la Cruz en Alcorisa.

Cuerpos, pues, los reales y los de la representación religiosa, que durarán el espacio de una mirada, rostros que volverán en la memoria con la fuerza de una cena concertada con todas las personas que hemos amado, deseado, querido tocar como si fueran parte de un mapa vivo hecho palpable para la ceguera de nuestro propio amor. Aunque por mucho que amemos nunca amaremos tanto como nos habíamos propuesto, o como nos proponen los textos religiosos. Así, pasa un rostro y se nos va con él una vida que hubiéramos querido compartir, aunque sólo fuera durante un instante. Pero en la ciudad los rostros viajan en metro, en autobús, en coche, en ascensores y en los pueblos siempre tenemos un poquito más de tiempo, una fiesta, una feria, una celebración durante las cuales los cuerpos y los rostros pueden ser vistos con detenimiento y sin que la mirada parezca ser una invasión de la intimidad.

«En Nueva York nunca me canso de mirar», decía el famoso fotógrafo suizo-norteamericano Robert Frank. Un poeta de mi pueblo, Eladio Cabañero, también decía que «ver La Mancha no cansa». Lo mismo puedo decir yo de cualquier pueblo de España: en ellos nunca me canso de mirar. Nadie tiene la culpa de que el arte y sus teóricos valoren más una mirada europea al mundo norteamericano que la mirada enfocada hacia cualquier pueblo aragonés. Sólo cuando se pone la teoría artística por encima del arte de la vida se llegan a esas desviaciones del gusto, o del comercio del gusto. También es cierto que nadie en España ha publicado un libro de fotografías como el de Robert Frank, *Los americanos* (1958). En el prólogo Jack Kerouac escribía: «a quien no le gusten estas fotos no le gusta la poesía». Y es que, en verdad, acercarse a la realidad norteamericana con la sencillez y la autenticidad como lo hizo Robert Frank, es una tarea de poetas que no escriben poesía. A lo que vengo es a lo siguiente: al hecho de que la emoción no hay que añadirse a la realidad sino que con sólo presentar ésta tal cual, sin retoques estéticos, el poder del poeta-fotógrafo es el de revelarnos un fragmento de la realidad que en sí es emocionante por su sencillez. En los pueblos de España hay realidades tan concretas, tan simples, tan emocionantes y, sin embargo, fuera de Juan Ugalde en algunos de sus cuadros, pocos fotógrafos han sabido aprovechar ese potencial poético de la realidad de los pueblos españoles; quitando, claro está, los fotógrafos de «la España que desaparece», especialmente Cristina García Rodero. Con su obra de doble rostro (el

urbano y el rural) Santos Montes ha logrado documentar artísticamente parte de esa realidad popular que, a pesar de lo que dicen algunos críticos de arte cuando ven un señor con una boina en una foto, no se trata de un documento que refleja la «España profunda» sino simplemente la variada y compleja realidad española.

¿Volverán nuestras miradas a ver el horizonte con la frescura y el cansancio de un campesino? Uno de estos campesinos que en Alcorisa sale al amanecer en su furgoneta blanca, ve la tarea que tiene por delante, el día que le espera, mira su olivar y se dice: «esta es mi tierra, esta es la tierra de mis padres y la de mis abuelos y esta será la tierra de mis hijos». O terminaremos todos viendo sólo edificios grises, colmenas de cemento y cristal que no nos pertenecen, calles pobladas por coches y por desconocidos, putrefactas palomas de ciudad, jardines y lugares donde las flores y los almendros no se crían silvestres, cámaras de vídeo que nos vigilan por todas partes, una corona de humo que nos cubre y nos perfuma, el sabor a gasolina como plato del día.

Operación retorno: el rostro de la emigración No es igual ver los pájaros por la mañana en cualquier lugar de Aragón o de La Mancha, que oír el ruido mecánico que imita a los pajaritos en los semáforos de alguna gran ciudad. No digo que una cosa sea mejor que la otra, lo que digo es que no es igual esperar un amanecer entre montes y campos sembrados, que abrir los ojos al salir de algún tugurio nocturno de Madrid o Barcelona, eso es todo; yo conozco muy bien las dos experiencias y sé de lo que hablo. Pero como no queremos escoger una única forma de vida (la urbana o la rural) nos quedamos en el ir y venir de los viajes: Barcelona-Alcorisa, Madrid-Tomelloso, Nueva York-La Mancha, cualquier eje campo-ciudad es bueno para saber que somos lo que somos, por qué vivimos en ese constante tránsito «entre la ciudad sí y la ciudad no»; lo cual, este nomadismo menor, es quizás la marca generacional de toda una época y posiblemente del futuro. Esa es nuestra identidad y la de los alcorisanos que emigraron a Zaragoza o a Barcelona, la de los que se fueron a América, como el pintor de Alcorisa, Valero Lecha, que fue pastor, estudiante de fraile, albañil, pintor de rótulos en su tierra natal y finalmente creó una de las academias de arte más influyentes en América Central, en la capital de El Salvador¹.

En cualquier pueblo de España alguien se ha ido fuera. Ya sea a un país lejano o las ciudades industriales más cercanas, siempre hay alguien que ha abandonado su pueblo, siempre hay alguien que es recordado por sus vecinos, por sus amigos, por sus familiares debido a que tuvo que irse a vivir y trabajar a otra parte. El emigrante volverá, claro está, como turista, o volverá como buscando no se sabe qué raíces unos años antes de morir; los pájaros saben mucho de eso, del retorno intuitivo al hogar.

En una gran ciudad un barrio se abandona como uno se cambia de pantalones: sin nostalgia, sin recuerdos, sin casi dejar ningún amigo. Lejos están ya, aunque aún los hay (como los viejos barrios de Madrid o de Barcelona que las grandes compañías inmobiliarias están intentando despersonalizar sistemáticamente), aquellos barrios que marcaban a la gente tal y como los describía Jorge Luis Borges en *Fervor de Buenos Aires*. Pero en los pueblos siempre hay alguien, algo, una calle, una casa que te recuerdan que eres de allí, de aquel lugar que abandonaste, de aquel sitio al que vuelves, como los pájaros.

Es posible que todo esto del olvido sistemático sea porque la movilidad sin recuerdos es la mejor forma de ascender en la escala social; las nostalgias, para bien o para mal, según los economistas, siempre son piedras pesadas de las que hay que deshacerse si uno quiere llegar muy alto. Pero habrá que empezar alguna vez a criticar ese modelo norteamericano de los lazos sentimentales vistos como un obstáculo para el ascenso laboral, ese modelo de la movilidad sin recuerdos, ese modelo que algunos se están autoimponiendo en Europa y cuyos resultados nefastos para las relaciones humanas, aunque indiscutiblemente muy prácticos para la economía, se pueden ver todos los días en las ciudades y en los pueblos de los Estados Unidos; la violencia es la respuesta más común a la desconexión social y familiar.

Movilidad, velocidad, todas son estupendas noticias de progreso que han afectado a las pequeñas y grandes comunidades españolas, pero ¿no podríamos movernos en un espacio más pequeño, como los caracoles, o es que ascender y moverse es la única manera de progresar? Cuando los alcorisanos vuelven a su pueblo durante la Semana Santa lo que buscan es justamente aquellos lugares, aquella vida social, aquellos rituales que les hacen sentir que el tiempo se ha paralizado por unos días y que las preocupaciones laborales, financieras, que indican

su inevitable cambio como personas que siempre quieren mejorar su situación económica y social, han quedado suspendidas durante unas cuantas horas.

El rostro humano de la Semana Santa En la época de la Semana Santa muchas de las personas, y también sus hijos, que emigraron a las ciudades vuelven a Alcorisa. Lo emocionante y sorprendente es ver cómo no se ha roto la continuidad de las relaciones amistosas y familiares de estos emigrantes que, según me dijo uno de ellos, no sólo vuelven durante los días de fiesta y en el verano, sino que también regresan a su pueblo casi todos los fines de semana. Además, claro está, que gran parte de estos emigrantes y sus hijos se han integrado en las cuadrillas que componen la famosa tamborrada de la Semana Santa e igualmente en las cofradías de esta misma celebración.

Uno de los fenómenos más interesante que tuvo lugar en España durante las últimas décadas del siglo veinte fue la transformación social y cultural de los pueblos rurales españoles. Como ya hemos visto, la doble emigración desde el campo hacia la ciudad y desde España hacia el extranjero (sin olvidarse de la gran importancia cultural y económica que tuvo la llegada del turismo a nuestro país), fue un acontecimiento social que facilitó los cambios económicos, políticos y culturales en nuestro país. Lo que menos se podía esperar es que la apertura que significó esta dinámica del desarraigo, iba a consolidarse a su vez como un resurgir de las tradiciones locales y nacionales. Entre estas tradiciones se halla la celebración de la Semana Santa.

En Alcorisa, como en tantos pueblos y ciudades de España, la Semana Santa ha cobrado un protagonismo excepcional. No obstante, esta celebración de carácter religioso posee en la actualidad una doble cara, festiva y pagana, que permite que durante esa Semana Santa toda la sociedad de un pueblo pueda disfrutar unos días de reunificación familiar y amistosa; sin que por eso signifique que estos alcorisanos sean todos fervorosos católicos.

De nuevo aquí la actitud de las grandes ciudades (fuera de las que ya han hecho de la Semana Santa un atractivo turístico a la vez que una sólida tradición cultural, como pueden ser Sevilla o Valladolid) difiere mucho de la forma en que algunos pueblos españoles disfrutaban estas festividades. Para los habitantes de las grandes ciudades de lo que se trata es de huir hacia las playas, los ámbitos rurales

o exóticos. Pero para la mayoría de los nativos de los pueblos más pequeños (aunque hayan emigrado a las metrópolis hace ya muchos años) consiste en todo lo contrario: vuelven a sus pueblos para reencontrarse con parientes y amigos. Y, de algún modo, la Semana Santa es la excusa para este breve retorno; se practique o no la religión católica. Este constante volver al lugar donde se ha nacido no significa que la sociedad española se haya estancado en la nostalgia del pasado, todo lo contrario, sino que por ahora esta sociedad ha podido armonizar progreso y tradición de una forma ejemplar dentro de lo que es la Europa actual.

Hace ya casi veinte años, cuando toda la sociedad española estaba cambiando aceleradamente, recogí, con cierta malintencionada ironía, algunos titulares y notas de los periódicos peninsulares que indicaban bien la inquietud ante los cambios que estaban ocurriendo por aquellos años; decían así: «Muchas de las cualidades consideradas como innovadoras por los empresarios españoles chocan con valores enraizados en nuestra cultura», «La Casera, un producto gastado», «Ya casi no queda Casera», «La caída del consumo condiciona el futuro de La Casera». Pero también en aquellos mismos periódicos se podían leer textos un tanto absurdos que estaban relacionados directamente con lo que se consideraba absolutamente español: «Forges aportó la primera definición científica de la relación humor-cerebro: *El humor vendría a ser, dijo, lo que queda en el paladar cuando te explican, a medio día, la fórmula de la tortilla de patatas*». O un titular donde se leía: «El bocadillo roba adictos a la hamburguesa», asunto que como hemos visto en los últimos años se ha convertido en una verdadera guerra contra la comida rápida de McDonald en toda Europa. Por el mismo camino fue la introducción de las nuevas tecnologías y su relación con las formas de vida más tradicionalmente españolas; aunque en este caso los resultados han sido muy diferentes.

Al igual que en la realidad urbana se ha incrustado una realidad tecnológica y virtual, en los pueblos más remotos empiezan a aparecer unos mapas virtuales cuyos puntos de referencias son los ordenadores, los cajeros electrónicos, la telefonía móvil, la televisión digital; un mundo tecnológico que si bien se alimenta de la materialidad de la vida cotidiana, va creando ya su propio mapa, su propia realidad coronada de antenas parabólicas. La extraordinaria asimilación de las nuevas tecnologías por parte de la sociedad española, es más sorprendente en el

ámbito rural que en el metropolitano, porque sin que se haya cambiado la sociabilidad de los habitantes de los pueblos pequeños, sino al contrario, el impacto de las nuevas tecnologías ha sido asimilado dentro ya de las rutinas y costumbres de la vida diaria.

Celebración de la convivencia: la tamborrada Cuando se inician las famosas tamborras en los pueblos del Bajo Aragón se pueden ver muchas personas con los teléfonos móviles abiertos y orientados hacia tambores y bombos para que alguien, algún vecino del pueblo, que no haya podido asistir a las festividades, pueda disfrutar del emocionante estruendo en algún lugar de España o en cualquier país lejano, a través del teléfono celular. El viaje digital que la tamborrada hace, con todas las emociones que esto implica, vía satélite hasta llegar al oído y al cerebro de una persona a centenares o miles de kilómetros del acontecimiento, no deja de tener algo de mágico y fascinante, o por lo menos así lo veo yo.

Si se piensa que también se pueden ya visualizar en algunos de esos mismos teléfonos móviles la imagen de lo que están oyendo, es indiscutible que para esas personas la tecnología no puede ser ya ese monstruo amenazante que tantos sociólogos improvisados quieren ver y que, si bien lo real seguirá siempre siendo el elemento más poderoso, el cual debe estar al alcance de todos, la participación a distancia es una opción que para los menos afortunados puede significar el seguir manteniéndolos unidos a su comunidad, a sus tradiciones, a su tierra y a su casa espiritual.

Cuando oí aquellos tambores y bombos sonando estrepitosamente juntos lo que me estimuló positivamente fue el pensar que, a pesar de la realidad virtual que ofrecen la televisión, los ordenadores, los juegos digitales o la telefonía móvil, en la plaza de Alcorisa miles de personas de todas las edades, hombres y mujeres, los nacidos allí y los que estábamos de paso, nos sentíamos casi irracionalmente unidos por una emoción colectiva que durante unos minutos borraba los conflictos sociales, los afanes consumistas y el paraíso pragmático de la tecnología.

El momento más extraordinario tiene lugar al inicio de la tamborrada que es cuando se «rompe la hora». Un poco antes de la media noche del Jueves Santo, como llamados por una voz secreta cuya única manifestación es el paso del tiempo, los habitantes de Alcorisa acuden a la Plaza de los Arcos. En el aire se siente

una electricidad nerviosa y todas las cuadrillas van llenando la plaza vestidos de túnicas moradas. Cuando llega las doce de la noche el alcalde da la señal y todos los tambores y los bombos empiezan a sonar a un mismo tiempo. El ensordecedor ruido de estos instrumentos contagia una emoción indescriptible tanto en los participantes como en los espectadores.

Rosario Otegui Pascual en su estudio «Algunos aspectos etnográficos y antropológicos de las fiestas de los tambores en el Bajo Aragón»², escribía que «la experiencia es inigualable, pues el estruendoso ruido que se organiza parece que entra hasta lo más recóndito del cerebro. Con la rompida de la hora, se da por supuesto que oficialmente se ha iniciado la Semana Santa. Después de estar en la plaza tocando todos juntos, los vecinos se van dispersando por el pueblo formando cuadrillas, que entre los jóvenes son de amigos y entre los mayores de familiares. Cada cuadrilla va recorriendo las calles principales del municipio con un toque particular».

En la cabeza del espectador se queda esa música repetitiva durante muchos días, o por lo menos a mí es lo que me ocurrió cuando asistí a «la rompida de la hora» por primera vez en Alcorisa. Después de recorrer el pueblo durante toda la noche, yendo a las casas de familiares y conocidos, entrando a los bares y a las discotecas, al día siguiente, al medio día de nuevo se reúnen las cuadrillas en la plaza y cesan todos de tocar al mismo tiempo. Y una cierta melancolía se apodera de los rostros: la gente se dispersa casi en silencio, lentamente, como sin querer irse de la plaza que los une, se van a sus casas, se preparan para volver a las ciudades donde viven, lejos de Alcorisa, en un ritual que como siempre está cargado de la emoción y de la certeza de que se volverán a ver el año próximo.

Otegui Pascual constataba en el estudio antes mencionado que la festividad del tambor durante la Semana Santa es «un ritual en el que se expresa de una forma clara la identidad local, la solidaridad del pueblo frente a los municipios vecinos y en oposición, también, a los forasteros que acuden como espectadores». Por otro lado, según la autora, «el tambor y todo lo que le rodea supone un intento de superación simbólica» de las diferencias sociales ya que «la fiesta pretende igualar a los que en la realidad cotidiana son bastante distintos». Y, en última instancia, «el tambor significa un olvidarse de sí mismo, un sumergirse en el todo de la comunidad, y una cierta transgresión de las normas que a diario rigen en la vida cotidiana».

Dentro de esta línea transgresora de la interpretación profana de la tamborrada se halla una escena de la película *Peppermint Frappe* (1967) de Carlos Saura. Casi al principio del filme vemos a una mujer rubia tocando un bombo y rodeada ésta sólo por hombres que tocan también el bombo y el tambor. El lugar se supone que sea Calanda, pero el conflicto que se plantea en la película entre religión y deseo, entre la tradición exclusivamente masculina de la tamborrada por aquellos años y una mujer liberal con pinta de turista que se infiltra en el ritual, está justamente reflejado en esta escena entre sensual y macabra, entre erótica y religiosa.

Y es que, esencialmente, en las celebraciones de la Semana Santa, señala Otegui Pascual en su estudio, se pueden diferenciar dos aspectos de las celebraciones: «uno fundamentalmente religioso y otro de tipo más profano. El religioso está principalmente representado por las procesiones y cofradías que en ellas participan. El aspecto profano tiene como protagonista principal al tambor y al bombo en cuanto que son tocados indiscriminadamente por los vecinos de los pueblos. El primero está regido por la disciplina y el recato, el segundo es una explosión de alegría y rivalidad. Las procesiones las organizan y dan vida las cofradías, la tamborrada por el contrario las cuadrillas». En el caso particular de Alcorisa hay que añadir que también durante la representación del «Drama de la Cruz» tanto lo religioso como lo profano se unen en una síntesis espectacular de alta tensión emocional.

Entre el inicio de la tamborrada y su final estrepitoso han ocurrido los famosos encuentros callejeros de las cuadrillas que entran en breves y amistosos enfrentamientos musicales: un grupo trata de hacer cambiar de ritmo al otro cuando se cruzan en la calle. Mas durante la noche y el amanecer muchas historias, de concordia y de discordia, de alianzas y de condenas (como diría el poeta Claudio Rodríguez), han ocurrido bajo el fluir musical de la existencia. En definitiva, que lo que queda es esa sensación extraña de haber participado en un ritual que durante unas horas ha detenido el fluir del tiempo, que nos ha transportado a un lugar de las emociones que olvidamos frecuentemente en la vida cotidiana: al lugar donde todos nos sentimos unidos sin hacernos preguntas ni esperar respuestas.

«Por todo ello –concluye Otegui Pascual–, creo que lo más interesante de la Semana Santa en el Bajo Aragón no es su aspecto formal y procesional, sino todo

el rico mundo de sentimientos y significados que en torno al tambor, como símbolo, se forma una manera mucho más espontánea y natural. El tambor se vive, se nace con él y se siente de tal forma que dejar de tocarlo sería tanto como renunciar a la propia identidad de pueblo y de comarca. El ritual del tambor se convierte en la institución cultural por excelencia que define y diferencia a esta subárea del Bajo Aragón, y al Bajo Aragón en general».

Encuentro con Cristo en el Club Paraíso Caracas: el Drama de la Cruz Cuando en el año 2002 la representación del Drama de la Cruz de Alcorisa cumplió un cuarto de siglo de su creación, los organizadores de este acto anual escribieron lo siguiente: «El Drama de la Cruz es mucho más que una simple representación. Es la ilusión de gente sencilla, de hombres, mujeres y niños que aman su tierra y que, cada Viernes Santo, sin ningún afán de grandeza y conociendo sus propias limitaciones, se convierten en actores de la Pasión de Cristo». Así, en los hermosos parajes del Monte Calvario y de la Peña de San Juan, escenario natural que se transforma en el teatro temporal de dicha representación, algunos de los habitantes de Alcorisa, unos trescientos actores aficionados, reviven la vida y la muerte de Cristo, ante los miles de espectadores que vienen de todas partes de España y del extranjero.

Quizás lo que más impresiona de este Drama de la Cruz es su realismo, que no viene dado por las palabras de los diálogos, sino por la fuerte presencia física de sus actores y por que el entorno natural se convierte durante unas horas en un escenario grandioso. Cuando uno se ha pasado el día anterior y la mañana del viernes en Alcorisa, entre el ruido de los tambores y de los bombos, por los bares y por las calles del pueblo, mirando los rostros de sus habitantes, charlando con ellos, y luego los ve ya con sus ropas de apóstoles, de santos, de romanos, de pueblo palestino, sorprende que esa transformación funcione a un nivel emocional y que, en verdad, uno se crea que está volviendo a ver una tragedia que ocurrió hace dos mil años.

Como escribió Pedro Rújula en el programa del Drama de aquel año «sobre todo es la eclosión de la energía social, virtud suprema entre los alcorisanos, que tras un año de trabajo convierte esta representación en un ejercicio de identidad colectiva». Y ello no deja de sorprender, tanto durante el inicio y final de la tam-

borrada, como en la representación misma del Drama, que sea justamente en la aparente despersonalización de una música repetitiva, de unas túnicas uniformes y de este disfrazarse y representar personajes históricos totalmente ajenos a la historia de Alcorisa, que se manifieste más que nunca la personalidad y la identidad de los alcorisanos. O quizás sea precisamente por eso, porque la fuerte personalidad individual de cada habitante de Alcorisa sigue manifiesta, y visible, durante estas actuaciones que son como un ejercicio de modestia, de compenetración, de entrega al anonimato del grupo social, de toda la comunidad del pueblo.

Lo que está claro es que, más allá del fervor religioso que pueda despertar el Drama de la Cruz, es la emoción de pensar que lo que ocurrió hace más de dos mil años puede ser tan actual como lo son las trescientas personas que representan el Drama, que los problemas, conflictos y alegrías de aquellas figuras bíblicas pueden ser los mismos que los de las personas que los están representando. En definitiva, que si al mediodía uno se ha tomado un vino en el bar del Club Paraíso Caracas con Cristo y luego, unas cuantas horas más tarde, vemos a esa misma persona, azotada, insultada, subiendo una pesada cruz de madera por los caminos de un cerro, y finalmente crucificada, es natural, pues que la intensidad de las emociones sea mayor que la que puede sentir un simple espectador de una obra de teatro en cualquier gran ciudad.

Precisamente ese Viernes Santo del 2002, en el local del Club Paraíso Caracas, se ofrecía una comida cuyo anuncio tenía el aspecto celebratorio que, como ya hemos señalado, caracteriza el lado más positivo de la Semana Santa en Alcorisa. La Peña Club Paraíso Caracas, cuyo sugerente nombre, por exótico, es ya una pura exaltación de la vitalidad de los alcorisanos, fue creado en el año 1967: «lo importante de la Peña Club Paraíso Caracas, aparte de sus logros económicos y de su proyección social, es que se convirtió en una aventura generacional –escribe Pedro Rújula–. En sus instalaciones fueron trabando contacto los hijos de una generación enfrentada que no iban a perpetuar la escisión porque tenían otras prioridades. En la solución de los problemas pendientes, en los avales personales y en los proyectos no exentos de riesgo se fue produciendo una soldadura social de aquella generación que no había vivido la guerra y que estaba poco interesada en recordarla. Por el contrario, fue crisol de políticos que iban a asentar la democracia en Alcorisa a partir de un poderoso espíritu constructivo de agregación de

fuerzas que había presidido el Caracas. Para entender lo que hoy es Alcorisa hay que recurrir al núcleo humano que se formó y comenzó a trabajar de cara a la sociedad en esta asociación».³

Quizás sea ésta la mejor forma de terminar mi breve acercamiento a Alcorisa, porque la cristalización de los deseos de armonía de un pueblo, esa «soldadura social» de la que habla Rújula, creo que se manifiesta ampliamente en las celebraciones de la Semana Santa. Debo decir que también en un bar de este pueblo tuve la ocasión de ver un cartel que quizás complete con más justicia mi visión panorámica del ambiente que pude presenciar: era un cartel de la Semana Atea de Alcorisa. Así, sin estridencias ni violencias, conviven en este pueblo del Bajo Aragón varias generaciones que representan con bastante exactitud lo mejor de lo que ha ocurrido en los pueblos de toda España durante las tres últimas décadas del siglo veinte.

Nueva York-Tomelloso, diciembre 2002